

GUERRA

Cuando Andrea miró directamente en la profundidad de aquellos ojos marrones que la observaban desde el otro lado de la mesa, no pudo dejar de sentirse un tanto decepcionada por lo que vio allí dentro. Su primer impulso, al percatarse del vacío que proyectaba esa mirada que la desafiaba con desprecio, fue pedir al guarda que volviera a abrir la puerta de aquel aula para poder regresar a zona segura cuanto antes; sin embargo, el recuerdo de los interminables días de travesía, los favores que había tenido que pedir para llegar hasta allí y la dureza del camino de vuelta que debía emprender, mantuvieron su cuerpo rígido, pegado a aquella silla de metal con asiento de madera que le recordaba vagamente a las que había usado en sus tiempos de escuela, cuando la imagen de su país en guerra parecía algo irreal e inimaginable fuera de las pantallas de cine.

La luz del atardecer que entraba por el amplio ventanal que tenía a su izquierda dotaba de una falsa calidez a la escena y permitió a Andrea observar la variedad de heridas y golpes que adornaban el rostro hinchado de su hermano pequeño. No le veía desde que empezó aquella estúpida guerra y allí, encogido y esposado a una silla, respirando cadenciosamente con notable dificultad, parecía mayor que ella. Como si hubiera envejecido más veinte años de golpe. Uno por cada persona a la que había torturado y ejecutado desde que diera comienzo el conflicto.

-¿Ni siquiera te sorprende que tu hermana mayor siga viva? -preguntó Andrea mientras notaba como su boca se convertía en un embudo demasiado pequeño para dar salida a todo lo que necesitaba escupirle al criminal que tenía enfrente.

-¿Qué esperabas? -respondió su hermano en un susurro dolorido lleno de odio-. ¿Que me abalanzara lleno de alegría a los brazos de mi hermana, la traidora?.

Nada más comenzar la guerra, Andrea decidió huir junto a su anciana madre por la frontera del norte desoyendo las garantías de protección y privilegios que les ofrecía su hermano pequeño, Nacho, que ya comenzaba a destacar como figura de terror dentro de las fuerzas insurgentes. Si decidían quedarse en la ciudad junto a él, nada malo les pasaría nunca, incluso podrían disfrutar de algunos privilegios en el suministro de los alimentos que la población tenía racionados; sin embargo, la decisión de marchar ya estaba tomada hace tiempo y una noche de agosto partieron en el coche gris que Andrea había heredado de su padre, dejando toda su vida atrás y sin dar ninguna explicación sobre su traición al pequeño de la familia.

-Todavía no habíamos cruzado el puesto fronterizo cuando llegó tu orden de arresto -comentó Andrea mientras hacía enormes esfuerzos por sujetar las palabras de rabia dentro de su boca-. Afortunadamente no todos en este país están tan locos como tú, ni siquiera en tu bando, y el soldado de la frontera nos dejó pasar -concluyó mientras observaba detenidamente el rostro de Nacho en busca de algún gesto de incomodidad en su hermano.

-Lo sé -contestó éste esbozando una ligera sonrisa de victoria que se transformó inmediatamente en un gesto de dolor provocado por las decenas de golpes que marcaban su cara-. Cuando me enteré le mandé traer a la ciudad. Aprendí mucho con él -susurró con maldad mientras observaba victorioso como el gesto de Andrea reflejaba la mella que hacía en su conciencia el vengativo acto que había cometido su hermano con aquel soldado al que le debía su vida.

Al poco tiempo de haber cruzado la frontera Andrea empezó a colaborar con las fuerzas internacionales como traductora. Vio como los pueblos de su país se consumían en las llamas, como sus vecinos se desangraban en el asfalto víctimas de unos ideales que ni siquiera compartían. La impotencia que sentía al ver a su país morir por las entrañas, herido por una guerra que no entendía, alimentaba su deseo latente de volver a reunirse con su hermano para resolver una duda que la estaba abrasando por dentro. Sabía que cuando volvieran a verse sería justo antes de que uno de los dos fuera ejecutado, pero la necesidad de descubrir las respuestas a esa cuestión amarró su destino a ese país por el que se estaba jugando la vida de nuevo.

-Comprenderás que ya no puedo hacer nada por ti -dijo Andrea sepultando cualquier esperanza que pudiera albergar su hermano de ver amanecer una mañana más en su vida-. Ni siquiera lo he intentado. Sería inútil y solo haría perder el tiempo de esta gente. Te tienen demasiadas ganas como para dejarte escapar porque se lo pida una insignificante traductora. Si hubieras caído en manos de las fuerzas internacionales te mantendrían con

vida y te darían un juicio. En cambio, lo que va a hacer esta gente contigo no es un acto de justicia, es un acto de venganza. Si he venido hasta aquí ha sido solo para resolver una duda a la que necesito dar respuesta para poder retomar mi vida con normalidad y olvidarme de esta absurda guerra de una vez por todas. He venido aquí para mirarte a los ojos y ver si dentro de ellos, en algún rincón oculto a esa barbarie que se apoderó de ti, sigue viviendo mi hermano pequeño. Necesito saber si en esos ojos aún está aquel muchacho de cinco años que lloraba sin remedio tras romperse los pantalones en una caída y al que abracé durante horas hasta que reunió el valor suficiente para volver a casa. Necesito saber si mi hermano pequeño sigue vivo.

La única respuesta que Andrea obtuvo de Nacho llegó con la forma de las lágrimas que resbalaron por sus hinchadas mejillas y fue todo lo que ella necesitó para saber que su hermano seguía vivo. Al ver aquellos sollozos, casi infantiles, se levantó, abrazó su cabeza y besándole las sienes ensangrentadas le ofreció el consuelo que necesitaba aquel hombre que llevaba muerto desde que perdió a su familia un día cualquiera de agosto.

Ángel Luis San Millán Torres